





# EL ARCA DE NOÉ

YORDÁN RADÍCHKOV

TRADUCCIÓN DEL BÚLGARO Y NOTAS  
DE VIKTORIA LEFTÉROVA  
Y ENRIQUE GIL-DELGADO



TÍTULO ORIGINAL: *Ноев ковчег*.

Publicado por  
AUTOMÁTICA  
Automática Editorial S.L.U.  
Avenida del Mediterráneo 24 - 28007 Madrid

info@automaticaeditorial.com  
www.automaticaeditorial.com

Copyright © Dimitar Yordanov Radichkov y Rosalia Yordanova Radichkova  
© de la traducción, Viktoria Leftérova y Enrique Gil-Delgado, 2016  
© de la presente edición, Automática Editorial S.L.U, 2016  
© de la ilustración de cubierta, Alfonso Rodríguez Barrera, 2016

Derechos exclusivos de traducción en lengua española:  
Automática Editorial S.L.U.

La traducción de este libro cuenta con el apoyo del Fondo Nacional de Cultura búlgaro.



ISBN: 978-84-15509-34-9  
DEPÓSITO LEGAL: M-31265-2016

Diseño editorial: Álvaro Pérez d'Ors  
Composición: Automática Editorial  
Corrección ortotipográfica: Automática Editorial  
Impresión y encuadernación: Romanyà Valls

Primera edición en Automática: septiembre de 2016

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización de los propietarios del copyright, bajo las sanciones establecidas por las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluyendo la reprografía y los medios informáticos.





## ÍNDICE

EL AHOGADO CÓSMICO O UNA INTRODUCCIÓN A <i>EL ARCA DE NOÉ</i>	11
EL PEQUEÑO PIOJOSO	33
TRES CORNEJAS	51
EL VISITANTE CELESTIAL. LA RANA. LOS PERROS VAGABUNDOS	53
LA CUCARACHA	83
LA POSADA DE KÁKRINA TRAS LA CAPTURA DEL APÓSTOL BÚLGARO	89
EL CEMENTERIO DE MALASHEVTSI	117
LOBO GRIS, PERRO NEGRO	121
LA BODEGA OSCURA	141
NIEVE DE CIGÜEÑAS	147
BOLA DE NIEVE	289
LAS CUCARACHAS LEYENDO TEXTOS SOBRE CUCARACHAS	293
UNA GOTERA EN EL CIELO	299





# EL ARCA DE NOÉ

YORDÁN RADÍCHKOV

TRADUCCIÓN DEL BÚLGARO Y NOTAS  
DE VIKTORIA LEFTÉROVA  
Y ENRIQUE GIL-DELGADO





## EL AHOGADO CÓSMICO O UNA INTRODUCCIÓN A *EL ARCA DE NOÉ*

El cadáver de un hombre ahogado me atormenta continuamente. Tendido de espaldas, sus hombros muestran unas terribles heridas. Es como si alguna fiera desconocida hubiese arrancado grandes bocados de sus carnes. Son heridas recientes, casi humeantes; y sin embargo, nunca las he visto sangrar. Pido disculpas al empezar mi introducción por aquellas heridas en lugar de por su cara, pero algo me impulsa a ello. Las heridas constituyen una visión particularmente espantosa que me deja sobrecogido. No soy capaz de reconocer las facciones del ahogado, el suyo no me recuerda a ningún semblante de este mundo. Carece de pelo: tanto la cara como la cabeza han sido pulidos por la calvicie. Su cuerpo también es lampiño, sin vello en las axilas ni en ningún otro lugar. La cara aparece marchita, con una expresión femenil y serena. Los ojos son grises. Al cruzarse nuestras miradas, el hombre ahogado me sonrío afablemente, incluso parece querer darme ánimos. Esta sonrisa congela la sangre en mis venas. A veces hace un gesto con el brazo que me recuerda al de un nadador batiendo el agua transparente. Otras veces parece completamente entumecido, flota despacio entre el borboteo del agua, con los ojos cerrados y totalmente inerte.

No obstante, siento que aun con los ojos cerrados es capaz de verme, que me vigila a través de sus párpados, igual que hacen los cocodrilos. Esto me inquieta.

En ocasiones he observado que tiene moratones por el cuerpo, semejantes a aquellos que les salen a los enfermos de sida. Son manchas abultadas, sobre todo las de las caderas y los talones. En esos momentos su cara también parece tumefacta, como si el muerto hubiera empezado a hincharse por el agua. Otras veces la cara y el cuerpo se muestran inmaculados y lisos. Al fijarme bien en su rostro, noto que sus párpados están entreabiertos. Me observa atentamente por las estrechas rendijas de sus pestañas. Me da miedo precipitarme por estas rendijas y aparecer en algún mundo aterrador. Al contemplarlas, me quedo paralizado.

Es esa misma sensación que nos invade cuando paseamos descalzos por algún sendero en el bosque, por un barranco umbrío o por una pradera florida. Se camina despreocupado, silbando, hasta que de repente descubrimos a nuestros pies una culebra. Uno se queda petrificado y permanece así hasta que la culebra atraviesa el sendero, como si el reptil lo hubiese paralizado. Lo he padecido y puedo afirmar que en tales casos el corazón deja de latir y la respiración se detiene. No es por miedo a la culebra, hay algo más. Todo nuestro ser rebosa de un horror místico.

Sin embargo, un instante después el corazón da un vuelco en el pecho y en los oídos estalla un pitido agudo. Es la sangre que vuelve a correr por las venas. Si miramos alrededor, encontraremos un mundo gris y uniforme, como si hubiese sido repasado con una gigantesca plancha candente, suprimiendo todo su relieve. Entretanto, la culebra se aleja deslizándose.

Ha de transcurrir cierto tiempo antes de que la naturaleza recobre poco a poco sus sonidos y tonalidades. Hasta que el bosque vuelva a convertirse en bosque, el barranco torne a ser barranco y la pradera, pradera; hasta que el cielo vibre de nuevo sereno y azul, y el sol reluzca una vez más. Precisamente como ese debió de ser el momento en el que el Sol salió del huevo cósmico, incubado por las míticas serpientes de Egip-

to... De improviso irrumpe la voz de un pájaro para animar al pobre tipo asustado: «¡Vamos, hombre!».

Así es más o menos como me siento yo cada vez que me encuentro con el cadáver ahogado y lo dejo pasar a través de mí. Aunque termine por marcharse entre los borbotones y el murmullo del agua, en mi interior queda depositado un ligerísimo poso. Puedo percibirlo con todo mi ser, en cada nicho de mi cuerpo y de mi alma... Hay otros muchos posos en estos nichos, aunque no recuerdo exactamente su origen. También soy capaz de notar cómo ciertos posos se acumulan incesantemente en el fondo de mi memoria, capa tras capa. Sé que cada uno de nosotros —algunos más y otros menos— es permeable a este mundo enfermo. Hay quienes lo retienen en sí mismos durante más tiempo del aconsejable; entonces la enfermedad se instala en su interior como un paciente grave e incurable. Esas personas empiezan a exhalar un olor rancio. Padecen junto con el mundo, compartiendo su grave y contagiosa dolencia. Otros permiten al mundo enfermo pasar, aunque con mucha prudencia. Se mantienen vigilantes para que no les deje ningún arañazo en el alma ni moratones en el corazón. Ante cualquier mínimo peligro, cierran a cal y canto el vestíbulo de su alma, atreviéndose a mirar al exterior solo por la mirilla. Algunos están contruidos de tal manera que tienen sus puertas abiertas de par en par y el mundo entero discurre por allí como por una posada, sin detenerse en su interior ni por un instante.

Si acaso visitamos una posada de estas, veremos que el posadero trajina todo el tiempo de acá para allá. Nada escapa a su mirada. Tiene ojos y oídos (¡es todo oídos!) puestos en cada uno de los huéspedes, no solo para ver, sino también para oír todo lo que se cuentan. Cada tanto, el posadero lanza alguna exhortación para mostrarnos que él también toma parte en la conversación. Pero, mientras está exclamando y poniendo caras de asombro o compasión —según lo requiera el caso—,

súbitamente su semblante adopta una expresión feroz, totalmente fuera de lugar y profiere con fiereza: «¡Quita!... ¡Aparta, maldita bestia!».

Es cierto que ha estado escuchando y que mediante muecas ha evidenciado su implicación en las charlas en la taberna. Sin embargo, no ha dejado de vigilar ni por un instante —con el rabillo del ojo— a la cabra empeñada en arrimarse a los jóvenes frutales del huerto situado justo bajo las ventanas de la posada.

«¡El arbolito!», exclama el posadero saliendo disparado como un cohete por la puerta abierta.

¡Así es como se aparenta demostrar interés por el destino del prójimo! ¡Incluso es posible que el posadero participe de alguna conversación! La realidad es que durante todo el tiempo ha estado vigilando los frutales junto a la ventana, para que no aparezca a traición la cabra y se los meriende. En estos momentos me recuerda a ese sector activo de nuestros intelectuales que siempre muestran implicación y se les llena la boca con el discurso social y el bienestar popular, cuando en realidad no están sino obsesionados con su propio bienestar... ¡El arbolito!... ¡El arbolito!... ¡Aparta, maldita bestia!

Conforme pasan los años, me invade la sensación cada vez más recurrente de que las personas con quienes hablo participan aparentemente en la conversación e incluso intentan escudriñar mi mirada. Pero esto es solo en apariencia. En realidad, la otra persona ni me mira a los ojos, ni me escucha, sino que se encuentra atendiendo algún asunto propio en sus adentros. A veces incluso tiene la mirada fijada en su interior. Ignoro si allí dentro habrá algo o no, pero el otro parece estar escuchándolo y mirándolo completamente absorto... ¡Debe de tenerle aprecio!

Poco a poco yo también empiezo a proceder de igual manera. Cuando una persona me habla, la escucho, pero no me implico en su historia. ¿Y para qué? Dejo que mi pensamiento

divague entre mis propios disparates en lugar de errar por los ajenos. Reconozco que últimamente nos quejamos demasiado, sobre todo de la gente. Luego dicen que nuestro pueblo es bueno. Qué curioso, el pueblo es bueno y la gente, mala. Que me expliquen cómo es eso. ¡Qué fastidio!... Por ello, el hombre de hoy llama con escasa esperanza a la puerta de su prójimo: si nadie le abre, continúa llamando a la puerta de la administración. Esta, a su vez, rebosa de gente como un hormiguero y se encuentra abarrotada de funcionarios de todo tipo, por lo que se ha ido acostumbrando al rancio olor de las preocupaciones humanas, hasta volverse tan indiferente e insensible como un hipopótamo. Algunos de ellos incluso han acabado siendo más insensibles que los paquidermos y, envolviéndose en sus grises togas de burócratas, se han transformado en las sagradas piedras grises de la actualidad.

Un hombre sencillo de los de antaño visitaba las viejas piedras sagradas para hacer sacrificios y venerar a los santos, o bien para rezar pidiendo lluvia durante las sequías prolongadas. Nuestro mundo cristiano estaba repleto de piedras y de santuarios. Con el declive de una fe, desplazada por la nueva visión del mundo, los lugares sagrados se cubrieron de zarzas y malezas, de espinos y rosales silvestres; quedaron desérticos y enmudecieron como los viejos cementerios turcos. De lugares sagrados pasaron a ser nidos de culebras y rocas para lagartijas. Ahora como mucho los visita alguna urraca para cavilar un rato en voz alta. En ocasiones se posa un arrendajo... ¡En cambio, aquí tenemos los neosantuarios de la administración! El hombre moderno transita sus vericuetos desde las ocho de la mañana hasta las seis de la tarde. A pesar de ello, poco parece conseguir.

¡Mientras tanto la dichosa vida fluye sin parar!

\*\*\*

¿Que cuándo vi por primera vez al hombre ahogado?

Me topé con su cadáver por primera vez una noche lluviosa de verano. Regresaba caminando a Sofía desde un pueblo cercano con la esperanza de que me alcanzara un coche en la misma dirección al llegar a la carretera. Pero en lugar de un coche me alcanzó una tormenta. La lluvia cayó de golpe, vertiéndose a mares. Los grandes árboles junto a la carretera se combaban y gemían ante el empuje del ventarrón, de modo que resguardarme bajo ellos hubiera sido mucho más temerario que caminar al descubierto por la carretera. En pocos minutos me encontraba empapado hasta los huesos. Con el relampagueo, se alumbraba el campo entero hasta las mismísimas montañas. Esa imagen permanecía grabada en mi retina por unos instantes. Tras cada destello los objetos cambiaban de lugar. Los árboles de la carretera se arrojaban hacia mí para cerrarme el camino, pero la impenetrable oscuridad los absorbía en su seno al apagarse el relámpago, de modo que tan solo podía oír sus rugidos, los azotes y el crujir de sus ramas. Pensaba que con el próximo fogonazo vería aquellos árboles gigantes volando por el campo, arrancados de cuajo, hostigados por los truenos que se precipitaban desde todas partes.

Nada de eso sucedió. Los árboles siguieron igual que antes, retorciéndose, gimiendo y aullando en la tempestad. Por un flanco vi parpadear las antenas de la estación de ferrocarril; por el otro se alzaban más antenas grises. Divisé un dique tras el que relucía un canal; más allá se extendía un terreno. En medio había una casa deshabitada, cercada con alambre de espino y vigilada por unos perros malhumorados. Conocía esa casa desde mucho tiempo atrás, ya ni recordaba cuántos años hacía. Nunca había visto gente en su interior, ni ninguna luz que brillara en sus ventanas al atardecer. A menudo pasaba por aquel lugar y en el patio siempre veía atados aquellos



perros malencarados. Eran unos perros loberos, canosos y afónicos por la vejez. En cuanto se aproximaba alguien, ladraban desaforados. Ahora se habían callado por la tormenta, permanecían encorvados y empapados bajo la lluvia. La destellante luz de los relámpagos remarcaba sus costillas como en una radiografía. Tal repentina claridad los arrancaba por unos instantes de la penumbra y los grababa en mi pobre cabeza. Allá de frente, en la lejanía, humeaban los hornos de una planta metalúrgica.

Esto era cuanto podía verse a la luz de los relámpagos.

De aquella noche recuerdo también un paso a nivel o, mejor dicho, las barreras que lo flanqueaban. Las campanas de las barreras repiqueteaban, intentando imponerse a la tormenta para avisar de la cercanía de un tren, aunque este no se veía por ninguna parte y las propias barreras no estaban bajadas.

El agua rugía a ambos lados de la carretera y por encima de mi cabeza; caía a chorros por todas partes y las ráfagas de viento me la lanzaban a la cara. Era como si me hallase en pleno Diluvio Universal, presenciando su mismísima concepción.

A la luz de un destello divisé, si bien tan solo por un instante, el cadáver de un hombre ahogado. Estaba desnudo. Tenía un tamaño desproporcionado.

A pesar de sus dimensiones descomunales, el agua lo transportaba sin esfuerzo. Lo volteaba con tanta facilidad que daba la impresión de ser un objeto hinchable o un maniquí a escala aumentada, hecho de algún material muy ligero.

Con el siguiente relámpago volví a vislumbrarlo. Se desplazaba por la carretera incorporado, superando en altura a las barreras ferroviarias. La oscuridad lo engulló mientras las campanas del paso a nivel continuaban con su repiqueteo. Inmediatamente pensé que tocaban para alertar sobre aquel hombre ahogado. Poco después, a la luz de otro relámpago,

vi nuevamente aquel cadáver terrible tratando de asirse a un árbol junto a la carretera. La oscuridad lo envolvió todo otra vez. Yo no conseguía comprender si aquel hombre se había desplomado en medio de la carretera o si la corriente estrepitosa se lo había llevado hacia la casa deshabitada con aquellos perros malhumorados, encorvados bajo la lluvia y con las costillas transparentándose a la luz de los relámpagos.

Me detuve.

Desde todas partes llegaban truenos, persiguiéndose unos a otros en tropel, como si del cielo hubiesen descendido manadas de bestias rugientes, galopando enloquecidas en medio de la tormenta. Entre esto y el estrépito del agua empecé a percibir ciertas ondas radioeléctricas. Sabía que sin el equipamiento adecuado era imposible apreciarlas, pero aun así agucé bien el oído.

Aunque de forma débil, podía oír con claridad pitidos y chirridos lejanos, también el ulular del aire en un tubo. Alguien infinitamente lejos de mí soplaba en un tubo. Incluso escuché una risa remota. Era una risa siniestra que provenía del mismísimo fondo del universo, de su infierno.

Nunca he estado en el infierno ni creo que nadie haya estado jamás, pero merced a una extraña inercia, cada vez que se menciona algo horrible o siniestro, nuestra atribulada conciencia se remite al infierno. Por esta razón yo también asimilé aquella risa a una carcajada infernal. Mi mente la relacionó con una risa especialmente macabra e insidiosa que se vendía en bolsitas. Sí, ¡precisamente en bolsitas! Ocurrió en Japón, en 1970, durante la Exposición Mundial de Osaka. Eran unos saquitos de seda, con dragones y lustrosos caracteres chinos entretejidos en la tela. En su interior disponían de un diminuto mecanismo; al presionarlo, la bolsita soltaba una risa malévolamente. Durante todo el tiempo, hasta que el mecanismo agotaba su ciclo, no hacía más que difundir la misma maligna y recalcitrante risa burlona. ¡Jamás conocí *souvenir* más espantoso! Durante la Exposición Universal hubo decenas y

centenares de personas que compraron aquellas bolsitas de risa siniestra por mera diversión y hasta llegaron a regalárselas a sus familiares y amigos. De modo que aquel año miles de artefactos de seda rellenos de risas malévolas migraron y se esparcieron por todo el planeta.

A la gente le gusta divertirse y disfruta incluso haciéndolo con cosas horribles... ¡qué le vamos a hacer!

Durante un par de veranos estuve observando en las playas de nuestro Mar Negro a las mujeres bronceadas pasear despreocupadamente, agitando con una despreocupación aún mayor aquellas suaves bolsitas de seda. Caminando sobre la arena abrasadora, se detenían a veces para hablar con amigos y en el momento más inesperado accionaban el mecanismo que detonaba la maligna risa. O bien se metían a bañarse al mar, y dejaban bajo la sombrilla aquel terrorífico dispositivo. Alrededor de esas bolsitas se arremolinaban sobre todo los niños. Miraban la bolsita tan fijamente que parecía que en su interior estuvieran atrapados todos los demonios del infierno. Con el tiempo, aquellos artefactos japoneses se fueron estropeando, pero la risa siniestra pervivió, se enroscó como una culebra, filtrándose en las esquinas más sombrías del subconsciente. A lo mejor esto es precisamente el infierno, ¿quién sabe? Por más que intento borrar esa risa, no lo consigo. De alguna manera consigue cobrar vida y surge de la forma más imprevista, nítida y palpable en mi conciencia.

¡Es indestructible, como la rata!

Arroja una rata por el inodoro, tira de la cadena y entra a la mañana siguiente en el baño. Quedarás asombrado al comprobar que la rata, lejos de ahogarse, ha sobrevivido, y que aunque la desechases por el inodoro, ha superado todo el infierno de las bajantes y ha vuelto contigo, mojada y brillante como una nutria. Clavándote sus ojos saltones e indestructibles, se cuela en tu interior, sumergiéndose hasta tu mismísimo infierno personal...

Pero retornemos al campo.

Aunque estábamos en verano, yo había empezado a tiritar de frío. Bajo la luz de un nuevo relámpago observé que el agua se había llevado al hombre ahogado del árbol. Yacía a un lado de la carretera entre las barreras del paso a nivel y los perros de la casa deshabitada. Seguían igual de encorvados, con los pelos de punta y las costillas salientes. El diluvio arrastraba el enorme cadáver con facilidad. Él me contemplaba con una tranquilidad extraña. En los pliegues de su boca se esbozó un amago de sonrisa. Hacía gestos insólitos y muy lentos con los brazos, como si tratase de explicarme algo muy importante, casi trascendental, mediante el lenguaje de los sordomudos.

Me entró miedo; por mi piel mojada corrían hormigas húmedas. Poco a poco empecé a caer en la cuenta de que aquella visión era una alucinación, fruto de mis nervios perturbados y de mi imaginación enfermiza. ¿Por qué se cruzaba en mi camino en medio del agua burbujeante? ¿Pretendía avisarme sobre algún peligro inminente? ¿Qué peligro? ¿De qué?

¡No lo entendía!

A intervalos cortos, luminiscentes, los relámpagos continuaban arrebatándole a la oscuridad aquella pavorosa visión que evocaba la percepción del castrado, del prematuramente envejecido. Los perros malhumorados de la casa deshabitada seguían tan encorvados como siempre. Bajo el relampagueo, sus esqueletos continuaban revelándose como en radiografías. Detrás de la casa, el agua llegaba por el pecho, se precipitaba desde el dique elevado derramándose generosamente entre los maizales espigados, arrollándolos con facilidad.

Entre aquellos maizales derribados, la riada se llevó también el cadáver descomunal del ahogado.

No volví a verlo. Los ruidos radioeléctricos en mis oídos enmudecieron. La risa siniestra de la bolsita japonesa cesó de golpe.

Arrojé la rata de nuevo al inodoro y tiré de la cadena.